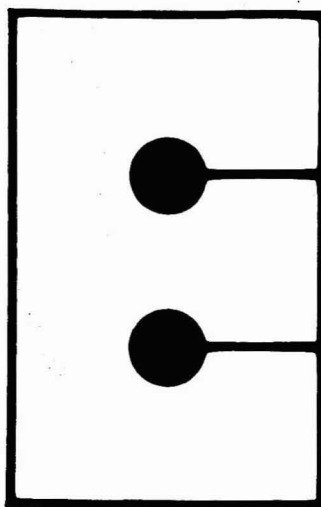


**BETH
MILLER**



L FEMINISMO DE AVELLANEDA

Algo así como Gabriela Mistral y Norman Mailer, Gertrudis Gómez de Avellaneda fue una "personalidad". El epíteto irónico que le puso Fernán Caballero ("Gertrudis la Magna") no implica menos. En cambio, tendemos a olvidar que la famosa declaración de Bretón ("es mucho hombre esta mujer") constituyó un comentario sobre sus obras y ya un cliché crítico. Tal mezcla de su arte y su vida, hecha tanto por diversos públicos como por diversos críticos, se explica por su contexto en común. Avellaneda no representó sólo una gran dama, sino también una gran excéntrica, una cubana exótica expatriada en Europa. Y aun más significativo, fue una poetisa romántica genuina. Su problema esencial, en breve, fue ser una escritora profesional que vivía y trabajaba en lugares provinciales, en una cultura sexista y en un período sexista.

Estos hechos vitales han creado un prejuicio crítico sobre Avellaneda desde el principio. Un reciente historiador literario de los años 1840 en España escribe que "la Avellaneda recibe alabanzas sin cuento de la crítica, pero éstas casi siempre dirigidas a su belleza, a su esfuerzo de eterna joven prodigio".¹ Mujer de su siglo, Avellaneda se veía en algunos aspectos casi de igual manera que la prensa madrileña. Es decir, estaba consciente de ser mujer poeta y, teniendo presentes las circunstancias adversas, parece haber considerado su vida, y más tarde sus obras, como ejemplares, sobre todo, a veces, para otras mujeres.

En estos apuntes, por lo tanto, no se examina el "arte femenino" de Avellaneda, sino su feminismo. Su producción literaria fue feminista en su época por algunos de sus temas y tesis, personajes, argumentos y declaraciones. Sin embargo, su feminismo es más fácil de discernir en sus cartas, sus varias obras autobiográficas y sus artículos y ensayos. En sus creaciones artísticas se tropieza siempre con el problema arte-vida. La crítica ha discutido ya cómo en la obra poética, dramática y novelesca Avellaneda habla de sí misma como mujer, para llegar a la conclusión de que se trata necesariamente de autobiografía. Según Carmen Bravo-Villasante: "Todo en ella es autobiográfico, desde las poesías y cartas, hasta los personajes de su dramática y su narrativa."² No es que esta interpretación sea incorrecta o correcta —es cuestión de enfoque y construcción. Aquí la preocupación no es primariamente biográfica: los escritos de Avellaneda reflejan no sólo su experiencia vital sino también su arte y su pensamiento. Al concentrarnos un poco en sus intenciones, logros y palabras feministas, damos énfasis a algunos de los atributos y valores extraliterarios del conjunto, así como hicieron Bretón y Böhl de Faber.

Desde una perspectiva histórica y feminista, pues, probablemente la cosa más importante y extraordinaria que hizo Avellaneda fue sobrevivir. Es una de las contadísimas poetisas románticas cuyas obras al menos aparecen en las antologías cien años después de su primera publicación. Entre sus contemporáneas cercanas de España

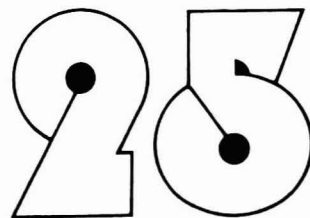
y Cuba, las únicas otras sobrevivientes son Carolina Coronado y Luisa Pérez de Zambrana. Pero sólo Avellaneda consiguió penetrar en la escena literaria masculina. Conocía o estuvo en algún momento en contacto con las prominentes figuras literarias del día, incluyendo a Gallego, Lista, Mesonero Romanos, Quintana, Tassara, Valera y Zorrilla. También mantenía o trataba de mantener amistades y relaciones profesionales con otras mujeres, la mayor parte muy diferentes de sí misma y, desde luego, menos famosas. Estima mucho y menciona con frecuencia a Mme. de Staël y a George Sand. Como estas escritoras francesas, Avellaneda llegó a ser una "celebridad", dueña de una "vida literaria". De ahí que, para su público, lo que era, lo que hacía, suscitó tanto interés como lo que escribía. E inevitablemente se leía su vida en sus obras.

La *persona* que ha sobrevivido a través de sus obras y que todavía emerge, como por milagro, dado el voluminoso cuerpo de escritos que rodean al suyo, no es ni tímida ni vaga ni enigmática. Fue una mujer ambiciosa y energética, fumó tabaco, vistió trajes que dejaban ver sus pechos grandes y de moda, y tuvo amantes. Se autoanalizaba, como demuestra, por ejemplo, en la "Autobiografía" publicada por primera vez en *La Ilustración* en 1850: "Mi carácter no peca de dulce. He sido en mi primera juventud impetuosa, violenta, incapaz de sufrir resistencia." Aunque se suavizó al madurar, siguió sosteniendo algunas opiniones avanzadas y liberales. Estuvo implicada por necesidad en la política literaria del día y participó en las controversias y "escándalos" literarios. De éstos, el hecho político-literario más importante fue su candidatura malograda para la Real Academia.

En sus obras dramáticas y narrativas creó algunos fuertes personajes femeninos. Aunque estas creaciones literarias generalmente no intentan representar a la autora, muchas de ellas tienen vidas de aventuras, poco convencionales. Ermesinda en *Egílona* tiene dos maridos, uno musulmán, y quiere a los dos. La heroína de *El cacique de Turmequé* tiene sólo uno, pero también dos amantes. En cambio, abundan mujeres víctimas. En *La montaña maldita* un hijo echa a su madre inocente fuera de la casa en medio de una tempestad. En *Alfonso Munio* un padre mata a su hija por una leve ofensa a su honor masculino. En *Dolores* encierran a una joven en una torre para frustrar su casamiento con su amado. Ella se retira eventualmente a la soledad monástica, rechazando a la sociedad que la hizo víctima.

Avellaneda concede a sus víctimas dignidad y hasta grandeza. La virtuosa Elda en *Baltasar*, aunque es esclava, pronuncia líneas magníficas, como cuando declara orgullosamente al rey de Babilonia: "¡Mi vida es tuya, pero mi alma es mía!" Matilde en *Tres amores*, abandonada por su amante, un poeta que ha ido en busca de su destino, exclama: "El se ha ceñido la corona de genio... ¡Pues bien!... ¡Yo también quiero esa corona!... ¡Quiero que

Beth Miller ■ (Chicago, EUA, 1941) Doctora en lengua y literatura romances por la Universidad de California, en Berkeley. Crítica e investigadora literaria. Ha publicado artículos y traducciones y, ahora, La poesía constructiva de Jaime Torres Bodet. Profesora en la Universidad de Rutgers.

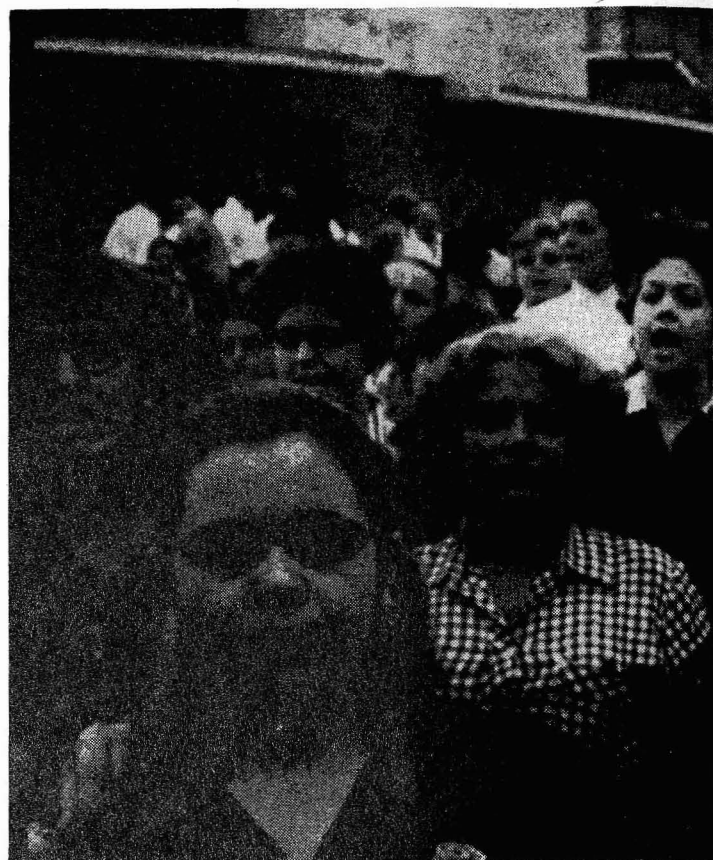


se me halle a su altura, en ese mundo esplendoroso de la inteligencia y de la gloria! ” La rebelde Natalia en *La aventurera*, de todas las heroínas de Avellaneda, es la que obtiene la vindicación más completa, superando todos los obstáculos y humillando a su seductor para iluminarlo, lo cual logra hacer en una escena de feminismo militante.

En muchas de estas obras, igual que en sus cartas y ensayos, Avellaneda critica los conceptos culturales de masculino y femenino (o activo/pasivo), y aun hace comentarios irónicos sobre el “sexo débil”. Critica las costumbres y leyes excesivamente patriarcales y aboga por el matrimonio voluntario. También critica el convencional sexismo del código moral y defiende a las mujeres que son seducidas por hombres y a las mujeres que eligen vivir sin ellos, célibes. Lo que quisiera subrayar es que estas cuestiones y las posiciones de Avellaneda en cuanto a ellas eran significativas a mediados del siglo diecinueve. Por lo tanto, no se deben clasificar como meros tópicos literarios, ni tampoco deben considerarse como alusiones puramente autobiográficas. En una carta a Cepeda, por ejemplo, Avellaneda expresa la misma actitud que vemos en *Dolores*. “El matrimonio es un mal necesario del cual pueden sacarse muchos bienes. Yo lo considero a mi modo, y a mi modo lo abrazaría. . . con la bendición del cura o sin ella: poco me importaría; para mí el matrimonio garantizado por los hombres o garantizado por la recíproca fe de los contrayentes únicamente, no tiene más diferencia, sino que el uno es más público y el otro más solemne. . . el uno es más *social* y el otro más *individual*.”³

Similaramente, su solución dramática de *deus in convento* se puede ver como una declaración feminista tanto como una técnica literaria conveniente. Margaret Fuller, una de las más leídas escritoras feministas de la época, y editora de *The Dial*, recomendó que las mujeres se fortalecieran y se consolaran en la soledad y en la propia interioridad (“Let her put from her the press of other minds and meditate in virgin loneliness”). Aunque no fue transcendentalista como lo fue Fuller, Avellaneda buscó esa solución dramática en su propia vida.

Novelas como *Dos mujeres* y *Sab* crearon revuelo y controversias por sus teorías atrevidas y, en ocasiones, por sus acusaciones contra los hombres. Avellaneda dirige sus aristas con superioridad de amazona, como cuando escribe en una carta de 1850: “tu silencio me había casi persuadido de que no valías más que la generalidad de los hombres”. No sólo escribió libros sobre las mujeres, sino también para ellas, y frecuentemente dedicadas a mujeres a quienes quería y respetaba. En una carta de 1852 en que defiende su obra *Dolores* y solicita su publicación en el *Semanario* de Madrid, escribe que espera que su lectura provea “completo solaz y entretenimiento a sus constantes suscriptores, y principalmente a sus bellas suscriptoras”.⁴ Estaba tan consciente de la “imagen de la mujer” en la literatura como lo estuviera



George Sand misma. En 1859, en contestación a una carta de un escritor que había pedido su opinión sobre su libro, Avellaneda le asegura que los personajes femeninos son superiores sin duda a las “bestias” de Víctor Hugo y que, en efecto, “no salen las mujeres tan mal paradas como algunos suponen”.

Como ya hemos visto, algunos de los escritos de Avellaneda pueden leerse como documentos feministas. En enero de 1852, durante su campaña infructuosa para ganar entrada a la Real Academia, escribe que, como “pobre mujer poeta”, no puede menos de ansiar algún honor oficial, no obstante que se vea imposibilitada a causa de su sexo a aspirar a las becas gubernamentales que reciben sus colegas masculinos, los cuales no la sobrepasan ni en laboriosidad ni en amor a las letras. Espera que la Academia encuentre algún modo de demostrar que “no es en España un anatema el ser mujer de alguna instrucción; que el sexo no priva del justo galardón al legítimo merecimiento”.⁵ Sin embargo, en otra carta pronostica acertadamente: “Los que tienen interés en eliminarme, ventilarán antes de la cuestión de merecimiento la de *posibilidad*, porque, no obstante los ejemplos anteriores de mujeres académicas, ejemplos que parecían decisivos y capaces de borrar los menores escrúpulos, todavía se vuelve a la objeción del sexo, a falta de otra. . .” Bromea: “Creo que si el ejército de damas que recelan algunos académicos acude a invadir sus asientos desde el momento que se me dispense uno. . . la Academia y la España deben felicitarse de un suceso tan sin ejemplo en el mundo. . .”⁶

En 1856, cuatro años después de su exclusión por la Academia, está más amarga. Para quien escribe en España, el ser mujer es un “eterno obstáculo”: “Soy acaso el único escritor de España que jamás ha alcanzado de ningún Gobierno distinción ni recompensa grande o chica. Mi sexo ha sido un eterno obstáculo a la buena voluntad que algunos Ministros me han manifestado, y mi amor propio herido ha tenido, sin embargo, que aceptar como buenas las razones que, fundándose en mi falta de barbas, se han servido alegar.”⁷ Y hasta la muerte sostuvo esta actitud de denuncia. En su testamento ruega que la Academia le perdone las “ligerezas e



injusticias” de su parte, explicando —con una imagen que resulta tan feminista como femenina— que estuvo resentida cuando la Academia decidió “no admitir en su seno a cualquier individuo de mi sexo”.

Creo que Avellaneda no sólo quería sobrevivir literariamente, sino también sobrevivir como feminista. Hay evidencias de sus inclinaciones feministas aun en sus primeros escritos. Lo que rara vez se ha señalado es que la escritora se dio cuenta de que sus problemas personales y profesionales eran reflejos de problemas suprapersonales y extraliterarios, es decir, sociales y políticos. En una carta de 1845 habla llanamente de su situación y de sus sentimientos, que son empáticos pero ambivalentes. Mujer-víctima doblemente, lamenta por primera vez que se siente “lastimada de continuo por esas punzadas de alfiler con que se venga la envidiosa turba de mujeres envilecidas por la esclavitud social”.

En las dos siguientes décadas, el feminismo de Avellaneda se hace más constructivo y activista. En 1860, un año después de su regreso a Cuba, se encarga de la fundación y dirección de una revista para mujeres, el *Album cubano* (cuyo título completo es *Album cubano/ de/ lo bueno y lo bello./ Revista quincenal/ de moral, literatura, bellas artes y modas./ Dedicada al bello sexo/ y dirigida/ por doña Gertrudis G. de Avellaneda*). En sus doce números ella incluyó su serie polémica, “La mujer”, y sus biografías de mujeres famosas. Estos artículos eran coetáneos con los escritos, discursos y actividades políticas de las feministas norteamericanas pioneras, así como con los importantes congresos y legislación para los derechos de la mujer. Avellaneda, nacida en 1814, perteneció a la misma generación que Susan B. Anthony (n. 1820), Ernestine Potowski Rose (n. 1810), Elizabeth Cady Stanton (n. 1815) y Luci Stone (n. 1818). Su serie “La mujer” fue idéntica en muchos de sus propósitos y preocupaciones al libro muy popular de Margaret Fuller, *Woman in the Nineteenth Century*, publicado en 1845.

Kate Millett escribe que “la revolución sexual nació en los treinta y cuarenta del siglo diecinueve” (pero añade que “it enjoyed ... a very generous period of gestation in the womb of time”). En las palabras de Millett, “these years saw the emergence of actual political organization on the issues of a sexual revolution, and in literature, an obsessive concern with the emotions and experiences of such a revolution”.⁸ En los cincuenta, Avellaneda publicó en Madrid el primero de los artículos sobre “La mujer” y un ensayo biográfico titulado “Luisa Molina”, en la prestigiosa revista quincenal *La América*. Más tarde escribió, para su *Album*, varios artículos del mismo tipo sobre mujeres notables (Sappho, Victoria Colonna, Santa Teresa y otras). Su célebre poema dedicado a sus paisanas (“A las cubanas”) data de 1860, igual que la publicación de *Dolores* en el *Diario de la Marina* y la republicación de “A Magdalena”. Fue en el mismo año, 1860, cuando apareció

el artículo de Carolina Coronado sobre Avellaneda en España (en la “Galería de poetisas contemporáneas”, en *La América*) y, en Cuba, el prólogo de Avellaneda a *Poesías* de Luisa Pérez de Zambrana. Para entender lo que representan estos hechos desde una perspectiva histórica, notamos que 1860 fue el año en que el *Married Woman's Property Act* finalmente llegó a ser ley en el estado de Nueva York, y que en ese mismo año Gertrudis G. de Avellaneda llegó a ser (que yo sepa) la primera mujer del mundo que ocupó el puesto de editor de una revista en lengua española.

El Woman's Rights Convention de 1848 en Seneca Falls, New York, fue el comienzo de lo que iba a ser el Movimiento de las Mujeres internacional. Según la “Declaración de Sentimientos y Resoluciones” de Seneca Falls, “La historia de la humanidad es una historia de repetidas injurias y usurpaciones por parte de los hombres hacia las mujeres, teniendo como objeto directo el establecimiento de una tiranía absoluta sobre ellas”. La premisa fundamental de la “Declaración” es explícita: “We hold these truths to be self-evident: that all men and women are created equal...” (Tenemos estas verdades como evidentes por sí mismas: que todos los hombres y mujeres son creados iguales).⁹ Avellaneda, en el mismo espíritu, va más lejos aún: su intención en la serie “La mujer”, dice, es demostrar la igualdad intelectual de hombres y mujeres y aun la superioridad de éstas: “no ya la igualdad de los dos sexos, sino la superioridad del nuestro” (énfasis suyo). Otro artículo trata de la mujer “considerada particularmente en su capacidad científica, artística y literaria” y critica coléricamente al “sexo dominador”.¹⁰

En el futuro será interesante estudiar más detalladamente la trayectoria del feminismo de Avellaneda, su *Album* y sus conexiones con feministas norteamericanas y con el Movimiento de las Mujeres internacional. Sabemos que cuando tuvo lugar nuestro Second National Women's Rights Convention en 1851, el Movimiento ya había suscitado interés en Inglaterra y Francia. Aunque Avellaneda no visitó Francia hasta 1859, ni los Estados Unidos e Inglaterra hasta 1864, ella fue —en el sentido de Gertrude Stein— “contemporánea”. A través de los años, la mayoría de sus críticos masculinos han persistido en verla como una heroína romántica. Pero las verdaderas heroínas, y las más nobles, de los tiempos de Avellaneda estaban trabajando por los derechos de las mujeres, si bien políticamente, literariamente o educativamente. Ella fue una heroína de éstas.

En una de sus cartas relata que los críticos le ponen a su obra la etiqueta de “varonil” y dicen que es menos “poetisa” que “poeta”. Criticando a estos críticos, anota mordazmente: “Yo creo que no es exactamente verdad.” Comprendemos lo que quería decir. Mientras competía y trataba con hombres, simpatizaba y se identificaba con otras mujeres. Y, con todo, Gertrudis Gómez de Avellaneda “fue mucha mujer”.